

LA POSADERA
DE IVY HILL

La posadera de Ivy Hill. Libro 1 de la serie *Historias de Ivy Hill*

Título original: *The Innkeeper of Ivy Hill, Tales of Ivy Hill 1*

© 2016 by Julie Klassen

Originally published in English under the title:

The Innkeeper of Ivy Hill

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Juan Carlos Postigo Ríos (capítulos 1 a 15);
Laura Fernández (capítulos 16 a 44 y nota de la autora)

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: © Lee Avison/Arcangel Images

Primera edición: junio de 2019

Depósito legal: M-17877-2019

ISBN: 978-84-16973-93-4

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

HISTORIAS DE IVY HILL

A decorative rectangular border with ornate floral and vine motifs in the corners, framing the title text.

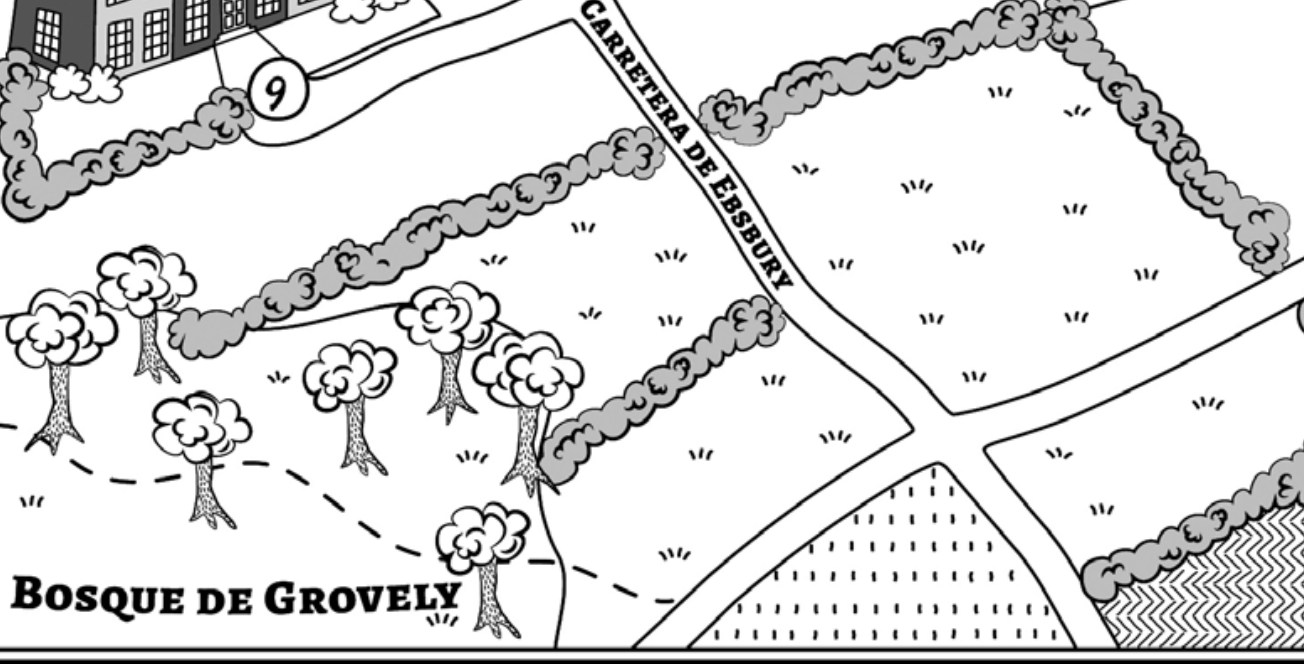
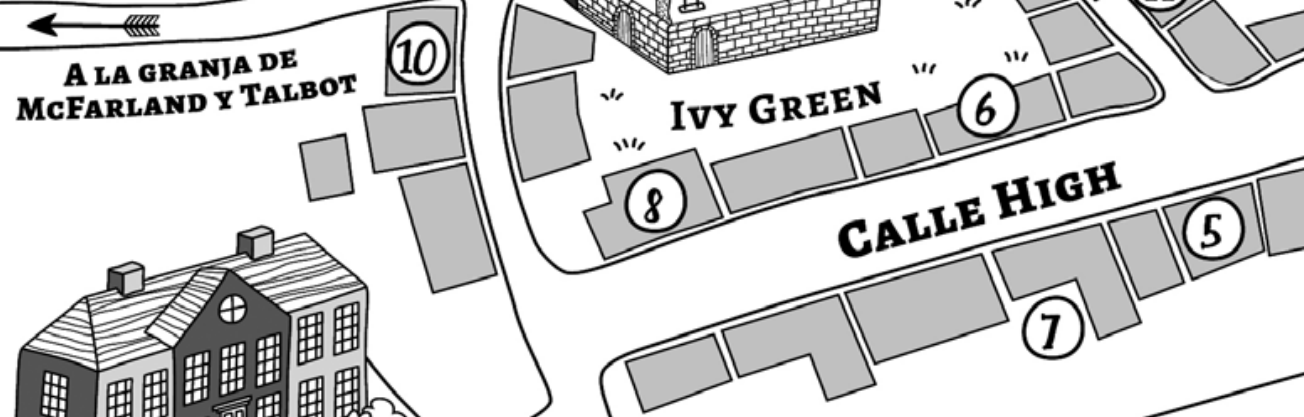
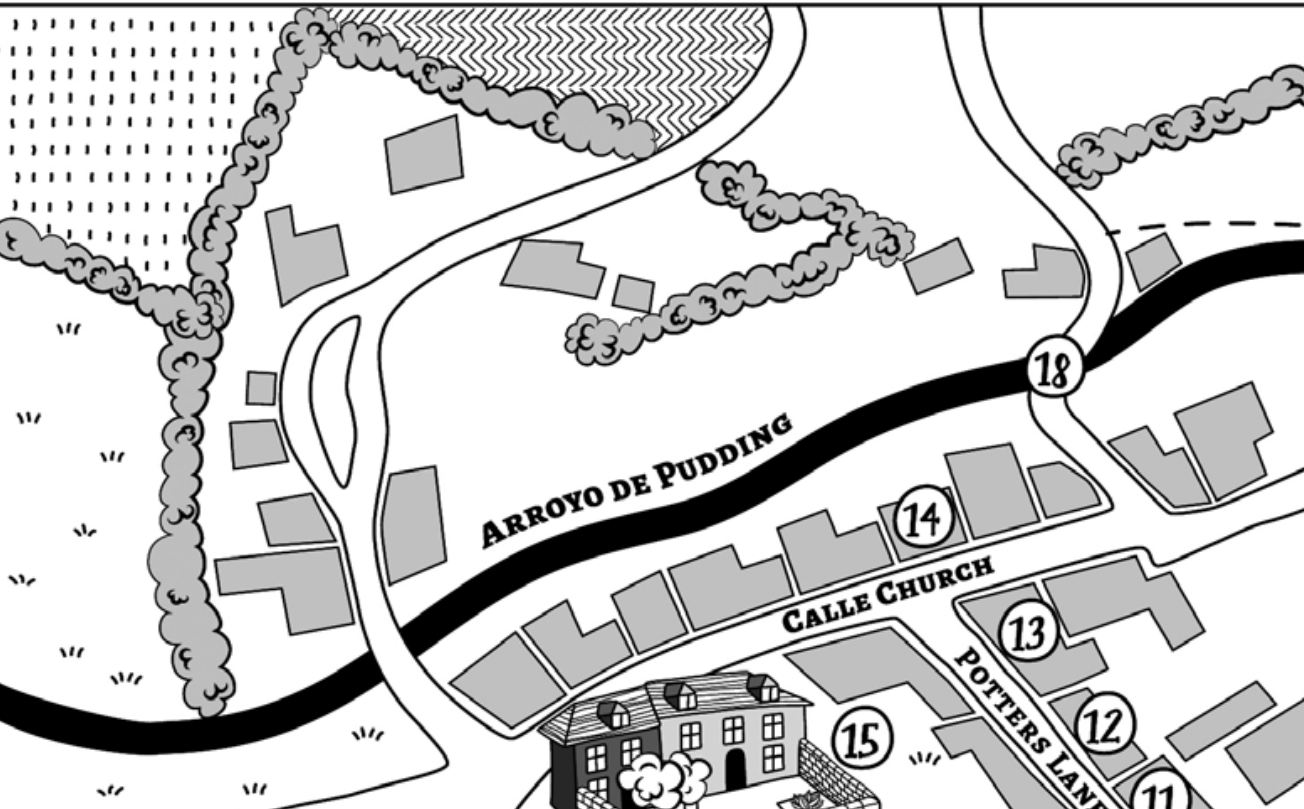
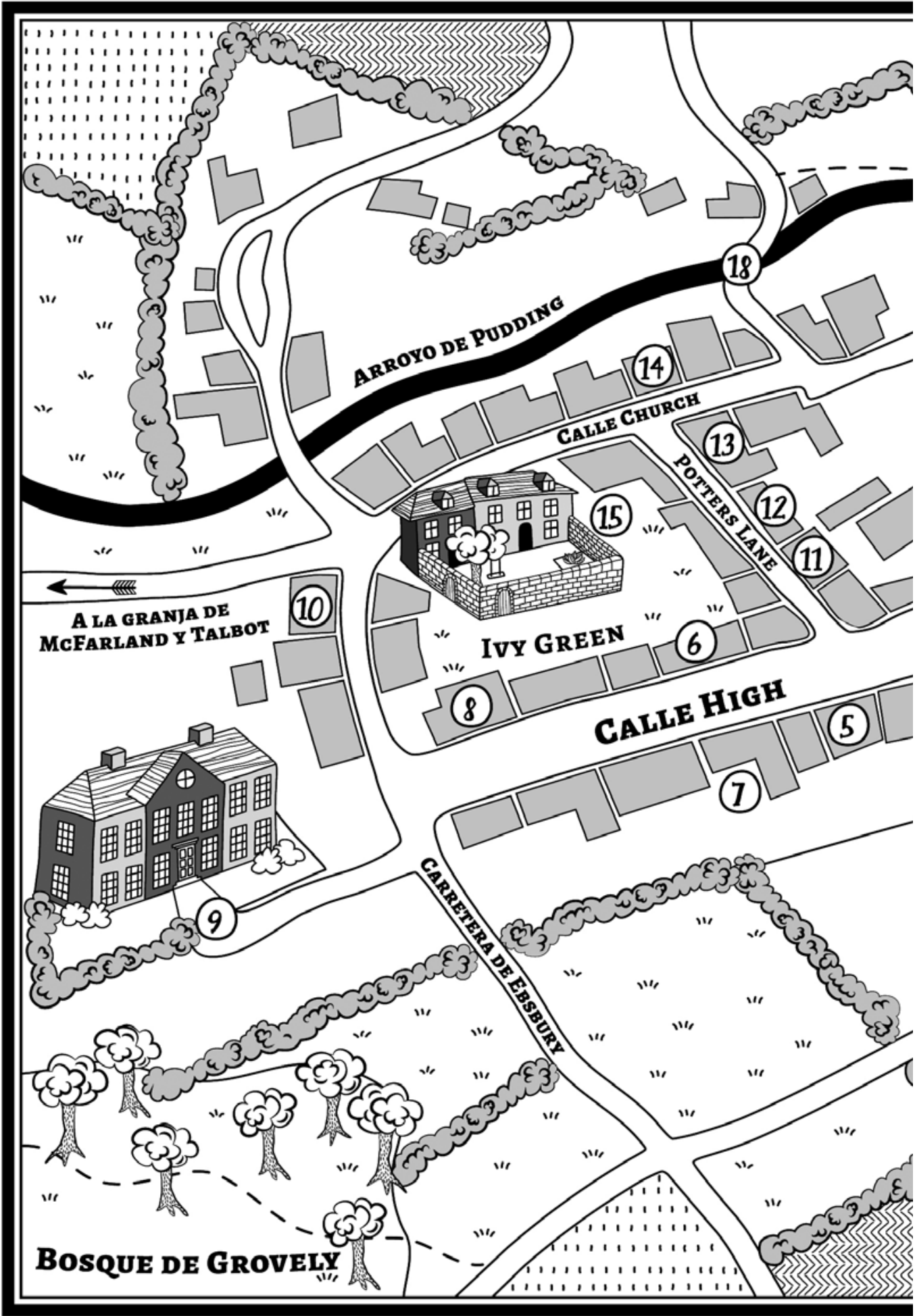
LA POSADERA
DE IVY HILL

JULIE
KLASSEN

Libros de
seda

*Para Stacey,
por los buenos recuerdos de nuestra amistad de juventud,
y las horas que pasamos sentadas en las ramas de sutil balanceo
de los árboles de hoja perenne en la granja de tu abuelo,
compartiendo secretos y sueños.*





A LA GRANJA DE MCFARLAND Y TALBOT

ARROYO DE PUDDING

CALLE CHURCH

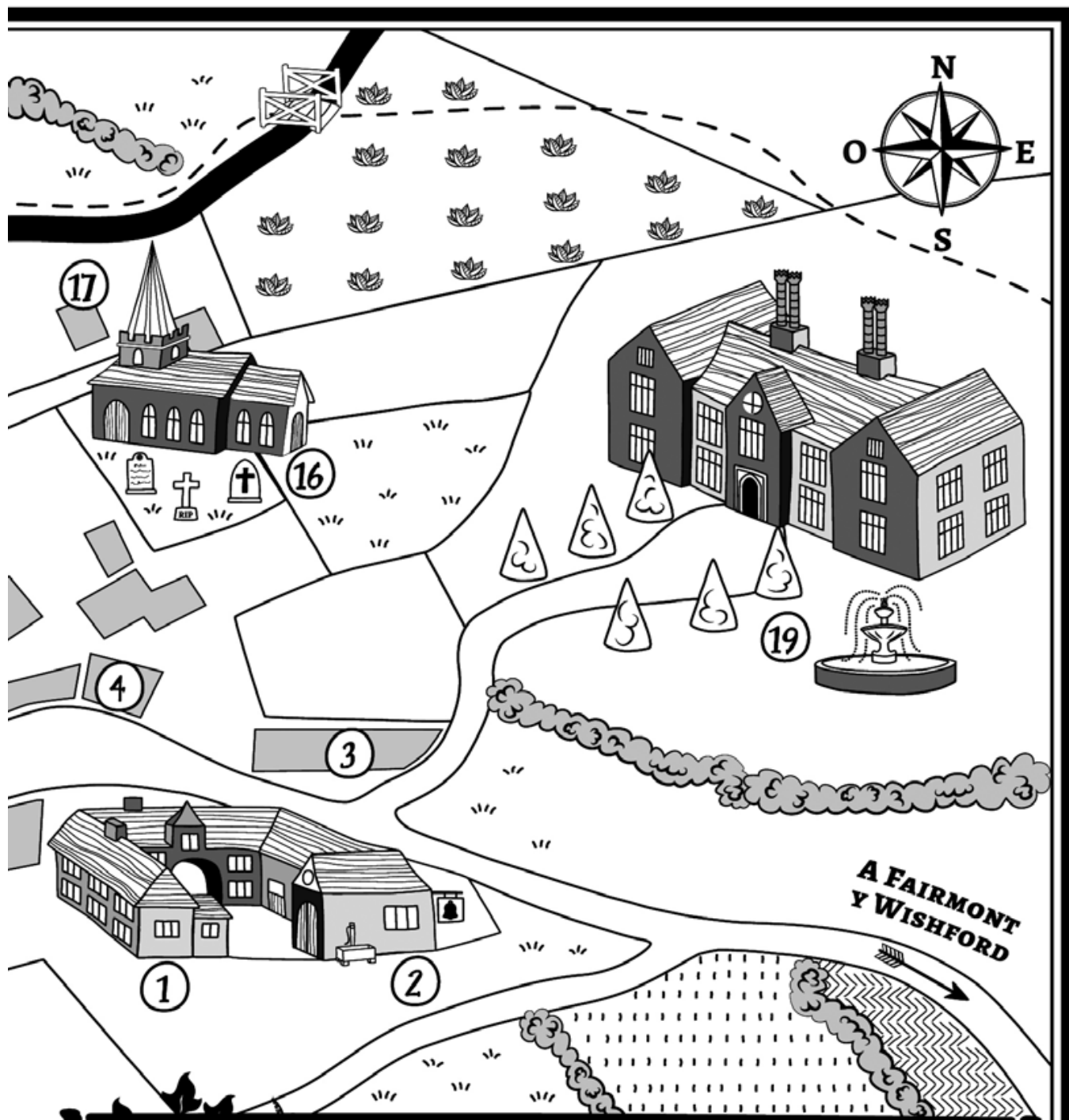
POTTERS LANE

IVY GREEN

CALLE HIGH

CARRETERA DE EBBURY

BOSQUE DE GROVELY

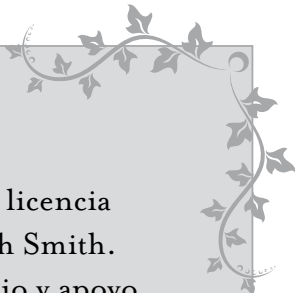



IVY HILL

1 - La posada, Bell Inn
 2 - Establos y alojamientos
 3 - Ruedero
 4 - Herrador
 5 - Tienda de Prater

6 - Modista
 7 - Botica
 8 - Banco
 9 - Thornvale
 10 - Asilo de ancianos

11 - Cárcel
 12 - Ayuntamiento
 13 - Taberna
 14 - Panadería
 15 - Ivy Cottage
 16 - Iglesia
 17 - Vicaría
 18 - Puente de Packhorse
 19 - Brockwell Court



The Crown era una posada de postas cuya licencia pertenecía a una viuda de nombre Sarah Smith. «La señora Smith merece especial encomio y apoyo, pues fue la primera... en sumar al alojamiento de los visitantes toda clase de comodidades, pulcritud y atención doméstica».

Powell's Guide, 1831

.....

LA HIEDRA

Cubre y trepa
Asciende rígida
Este terco disfraz de hoja perenne.

Las paredes por las que serpentea
Con enredaderas trepadoras
La acogen con agrado, como si quisieran esconderse.

¿Qué tesoros oculta y qué secretos yacen
en las paredes que la hiedra escala?

ANNA PAULSON

.....

Yo soy la vid, vosotros los pámpanos;
el que permanece en mí, y yo en él,
lleva mucho fruto;
porque separados de mí nada podéis hacer.

JUAN 15:5



CAPÍTULO
I

27 de mayo de 1820
Ivy Hill, condado de Wilts, Inglaterra

Jane Fairmont Bell estaba sentada a solas en la cabaña del guarda que en otro tiempo compartió con su marido. Se dispuso a tomarse sola el desayuno que le había llevado una criada de la posada de postas situada al otro lado del camino. Su posada. Todavía le costaba creérselo.

Jane comía con exquisitos modales, como si estuviera en una cena formal —o como si a su lado se sentara su anciana institutriz de vista aguda—. En realidad, ya llevaba un año comiendo sola. El tintineo de la porcelana y la cubertería parecía sonar más fuerte de lo normal; a esa hora del día el patio estaba sorprendentemente tranquilo.

Al pensarlo, echó un vistazo a la ventana más próxima, enmarcada por la hiedra. Las frondosas enredaderas habían crecido desenfrenadas y tapaban parte del cristal. Podía cortarlas un poco, pero le gustaba la privacidad que le brindaba. Y que limitase la vista de la posada, con frecuencia caótica.

Jane se levantó y fue hasta el dormitorio. Desde la ventana la vista era más apacible. Había un roble cubierto de hiedra y un muro de piedra. Y en la distancia, si las buscaba, se encontraban las altas chimeneas de ladrillo de Brockwell Court. La elegante mansión pudo haber sido su casa si la vida hubiera tomado otro rumbo. Más allá había un mosaico de granjas, pastizales, colinas de arcilla blanca y pequeños pueblos.

Un suave golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos.

—Adelante —gritó, mientras volvía a la sala de estar.

Cadi, la joven doncella que la ayudaba a vestirse y le llevaba la comida, entró, como siempre, con rostro alegre.

—Veo que ha terminado el desayuno.

—Sí, gracias. —Jane dirigió la mirada hacia las flores: al florecimiento de la primavera en el jardín se unía el de otras plantas que había adquirido en el

invernadero—. ¿Te importaría llevártelas? Esta para el vestíbulo y esa para la mesa de la entrada.

—Con mucho gusto. Son preciosas. Debería venir a ver cómo alegran la vieja casa.

—Ponlas en el lugar de siempre, por favor. Yo solo estorbaría.

—En absoluto. Ahora usted es la dueña y es más que bienvenida.

—Tal vez en otro momento. —Jane se había ofrecido a ayudar con la posada desde el principio de su matrimonio, pero John insistió en que su lugar estaba aquí, en la pequeña y apartada casa que había construido para ellos. Después de todo, las damas no «trabajaban». Tras varios intentos, Jane dejó de ofrecerse. Y pronto surgieron otras preocupaciones...

—Esta mañana tengo que hacer un recado —añadió.

—¿Un recado? —La mirada de la chica pasó de la indumentaria negra de Jane a la caja alargada del aparador—. Entonces... ¿le gustaría ponerse el vestido nuevo?

Jane negó con la cabeza.

—Solo voy al cementerio.

Cadi suspiró, claramente decepcionada.

—Muy bien. —Llevó los jarrones a la puerta—. Volveré a por la bandeja del desayuno.

Jane asintió y alcanzó un gorro hondo y negro de la percha. Se colocó frente al alargado espejo para atarse las cintas y luego se puso los guantes.

Unos minutos más tarde, salió de la posada con un ramo de flores en la mano. Mientras pasaba por el arco de carruajes que llevaba al establo, le llamó la atención algo que se movía. El herrador estaba parado en el patio, con los fuertes brazos cruzados, conversando con un mozo que no aparentaba tener más de dieciséis años. Creía que se llamaba Joe. Al verla pasar, el joven conductor se quitó la gorra para saludarla y ella le correspondió con una amable sonrisa.

El herrador le hizo una reverencia con la cabeza.

—Señora Bell.

Jane asintió pero no lo saludó. Había algo en ese hombre... Verlo siempre le despertaba malos recuerdos. Al fin y al cabo, había sido él quien condujo el cadáver de John a Ivy Hill.

Ella siguió caminando, pasó por delante de la posada, antes de cruzar la calle High para evitar al cotilla del tendero organizando los canastos de frutas y verduras. Afortunadamente, a esa hora de la mañana las demás tiendas aún estaban en calma. Subió por la angosta Potters Lane, dejó atrás la cárcel y el ayuntamiento y luego giró hacia la calle Church. Al final de esta, empujó la puerta del camposanto y entró, pasando entre antiguas tumbas y lápidas desdibujadas hasta que llegó a una más reciente.

John Franklin Bell
Amado hijo y esposo
1788-1819

Le había parecido apropiado realizar una visita en el primer aniversario de la muerte de John. Pero su marido no era el único ser querido al que había perdido.

Jane se había detenido en ese punto en concreto porque no suscitaría ninguna habladuría. Cualquiera que la viera ante la tumba de su marido pasaría de largo sin echar un segundo vistazo.

Se apretaba el modesto ramo contra el abdomen como para sofocar el dolor así y luego se agachó. Dividió el ramo y esparció sobre la tumba seis flores, una sola rosa rosa y cinco verdolagas blancas.

Jane echó un vistazo al lugar para asegurarse de que no miraba nadie, luego se besó los dedos y tocó la lápida. «Lo siento», susurró.

El chirrido de una bisagra le sobresaltó y levantó la vista.

Un anciano salió de un cobertizo aladaño empujando una carretilla de la que sobresalía el mango de la pala. Vestía un abrigo descolorido y una boina que le tapaba el pelo gris desaliñado. Era el sacristán, el hombre que cuidaba la iglesia y cavaba las fosas. Dejó la carretilla en el suelo y agarró la pala con manos nudosas.

Sintiéndose de pronto cohibida, Jane se enderezó mientras lo observaba por el rabillo del ojo.

Una puerta de la iglesia se abrió y salió el reverendo Paley. Al ver a Jane, se desvió del camino y se acercó a ella.

—Hola, señora Bell. Siento interrumpir su momento de intimidad, pero quería expresarle mis condolencias. Sé que este debe de ser un día muy duro para usted.

—Gracias, señor Paley.

El vicario miró de reojo al sacristán, que se apoyaba en la pala.

—¿No tiene trabajo que hacer, señor Ainsworth?

El anciano gruñó y empezó a arrancar un zarzal que crecía entre las lápidas.

El párroco siguió observando al sacristán por un momento.

—Ese hombre es una de las criaturas... más interesantes de Dios. Lo he oído hablar con los ratones de la iglesia más de una vez. Se niega a poner trampas, así que voy a tener que hacerlo yo —dijo en voz baja.

Jane había oído que el sacristán era muy raro. Por lo visto, los rumores eran ciertos.

El párroco dejó escapar un suspiro y después le sonrió con tristeza.

—De acuerdo. Debo dejarla. Por favor, avíseme si cree que puedo ayudarla en algo. La señora Paley y yo rezaremos por usted... especialmente hoy.

Jane volvió a darle las gracias. Él hizo una reverencia y siguió su camino.

Tras un último vistazo a la tumba de John, salió del cementerio con poco consuelo por la visita. Detrás de ella, la puerta quedó colgando de las bisagras. Le hubiera gustado que el sacristán arreglara el cerrojo. No se mantenía cerrada, hiciera lo que hiciese.

En el camino de vuelta, pasó por la vicaría, la taberna y la panadería sin verlas realmente, pues iba con la cabeza gacha en un intento de pasar inadvertida.

Llegó a la calle High sin tener que hablar con nadie. Bell Inn estaba justo al otro lado de la calle. Casi había llegado.

A su derecha, la puerta del taller de la modista se abrió y la señora Shabner, que fabricaba mantones y sombreros, asomó la cabeza.

—¡Señora Bell!

Jane se estremeció. Nunca le había gustado que la llamaran así. «Señora Bell» era la madre de John. Al escucharlo, reprimió el impulso de darse la vuelta y ver si su suegra andaba cerca con una mirada de desaprobación en el rostro.

—¿Qué le parece el nuevo vestido? Sé que lo recibió, porque mi chica se lo entregó en su casa —preguntó la modista.

—No he pedido un vestido nuevo, señora Shabner —respondió Jane, amable pero con firmeza.

—Querida, lleva ya un año vistiendo de luto. Debería cambiar a medio luto, al menos.

La anciana llevaba un vestido de brillantes rayas amarillas y azules y un gorro con plumas. La expresión «vejstorio emperifollado» le vino a la mente y se reprendió a sí misma por aquel pensamiento grosero.

—Lo lamento, pero no necesito un vestido nuevo en este momento.

—Sí, sí que lo necesita, querida. Mire esa antigualla. Los codos se le transparentan y tiene los ojales deshilachados. Cuando lo hice, todavía no me faltaba ni un diente.

—Está exagerando.

—Pruébeselo al menos —le pidió la señora Shabner—. Creo que el lavanda le quedará muy bien. Lo hice siguiendo las medidas que ya tenía, pero estaré encantada de modificarlo cuando sea necesario. Ya sabe que tengo la puerta siempre abierta, aunque muy pocos la crucen. —Suspiró—. Creo que debería retirarme. O irme a Wishford, donde apreciarían mejor mi talento.

La mujer estaba siempre amenazando con trasladarse. Jane cerró los ojos con fuerza, conteniendo un suspiro.

—Si está pensando en otra clienta para el traje, entonces no se hable más, se lo mandaré de vuelta cuanto antes.

—No, no. En estos momentos es la única viuda reciente en la ciudad. Tómese su tiempo. Pero cuando se lo pruebe, verá que tengo razón.

Jane se alejó con un saludo y cruzó la calle.

Al llegar a Bell Inn, se detuvo tras ver el letrero de «Habitación libre» que colgaba de una sola cadenita, mientras que la otra pendía en vano. Una brisa soplaba colina arriba y el cartel giraba lentamente sobre la cadena, cuyas palabras no dejaban de dar vueltas ante sus ojos.

«Habitación libre»... «Habitación libre»...

Aquel letrero se colocaba con mayor frecuencia en los últimos tiempos. Y simbolizaba perfectamente cómo se sentía Jane.

Vacía.

Apartó la mirada y volvió al refugio de su cabaña.



Tres días después del triste aniversario de la muerte de su hijo, Thora Stonehouse Bell viajaba apoyada contra la ventana de un carruaje mientras el hombro huesudo de un joven clérigo se clavaba en el suyo a cada instante. En el asiento de enfrente iba una pareja de ancianos: él roncaba y ella se abanicaba con un ejemplar del *Lady's Monthly Museum*.

Thora se metió un caramelo de jengibre en la boca para que se le pasara la sensación de tener el estómago revuelto. Le ofreció uno a la mujer, que aceptó con desgana.

El clérigo que iba a su lado había guardado el Nuevo Testamento hacía media hora y ahora leía una guía de viaje. Al notar que Thora la ojeaba, le preguntó:

—¿Es la primera vez que visita esta zona?

Vaciló. Era la primera vez que volvía —la primera vez que se sentía como una visitante en su ciudad de origen, y probablemente no recibiría una bienvenida calurosa.

—Sí, supongo que sí.

Los ojos le brillaban de entusiasmo.

—Entonces permítame compartir lo que he leído. Ahora nos encontramos a unos ciento cuarenta y cinco kilómetros al suroeste de Londres, en el condado de Wilts, famoso por sus caballos blancos grabados en colinas de arcilla, la catedral de Salisbury y antiguas maravillas como Stonehenge. Parece que estamos de suerte por nuestra próxima parada. —Pasó los dedos por la página impresa y leyó:

—Bell Inn es una antigua y agradable posada, con licencia de John Bell y administrada de forma experta por su madre viuda. Aloja a los viajeros con toda clase de comodidades, pulcritud y atención doméstica.

—Al parecer, su guía está desfasada —dijo Thora secamente—. Será mejor que se concentre en las Escrituras, reverendo. Aparte de eso, no puede creerse todo lo que lee.

Él la miró confuso —arrugó el ceño y la boca— pero ella no se molestó en darle una explicación. Antes bien, le dio la espalda, desalentándolo a proseguir con la conversación.

Miraba por la ventana pero en vez de ver pasar la campiña, los recuerdos pasaban ante sus ojos y la tristeza la oprimía con fuerza.

«Pobre John»...

Su primogénito había fallecido hacía más de un año. Aquel pensamiento le sajó el corazón. Parecía haber pasado una eternidad desde que ella, Frank y sus hijos habían vivido todos juntos bajo el mismo techo. Sabía dónde estaban ahora Frank y John. Enterrados en el cementerio de St. Anne. Pero desconocía dónde podía estar Patrick. El más joven. Su chico de ojos azules. De pequeño

era un ángel, pero como hombre fue un fiasco. Se preguntaba qué impulso perseguiría ahora, si gozaría de buena salud y si estaría fuera de peligro. Susurró una oración. En ese momento era todo lo que podía hacer por él.

Muy pronto volvería a la posada que en otra época había pertenecido a sus padres, luego a su marido, más tarde a su hijo mayor y ahora a su nuera. Se preguntaba qué recibimiento le brindaría Jane y dudaba que fuera cálido. Esperaba que Talbot, al menos, se alegrara de verla.

Thora respiró hondo e inspeccionó el entorno. El carruaje cruzó el puente del río Wylde y pasó por el pueblo de Wishford, con su alto y almenado campanario. Después, comenzaron a ascender hasta Ivy Hill, lo que le ofreció un panorama bastante fiel de la llanura de Salisbury por una ventana y del bosque de Grovely por la otra.

Casi no podía creerse que estuviera volviendo después de menos de un año. Cuando se marchó, había imaginado tontamente que viviría con su hermana —dos mujeres independientes juntas— el resto de sus días. Pero no tardó en ver cómo se desvanecían esos sueños irrealizables.

«Puedes sacar a la mujer de la posada, pero no dejará de ser posadera», meditó.

Sin embargo, Diana lo había logrado. Su hermana había odiado crecer en una posada y se había ido en cuanto pudo, sin volver la vista atrás. Lo mismo había resultado más difícil para Thora.

¿Qué se encontraría a su llegada? Esperaba que la cocinera, la señora Rooke, hubiera exagerado en su última carta, en la que decía que sin ella el lugar estaba empezando a deteriorarse.

En todo caso, no se arrastraría. Diría que solo había ido de visita. No admitiría que el futuro con su hermana —y la situación que vivía— había tocado a su fin.

Cadi abrió la puerta de la cabaña de un empujón con la cesta de la ropa de la lavandería.

—Antes de que se me olvide —dijo—, el señor Bell me ha pedido que le recuerde que tiene una reunión en Wishford esta mañana.

Jane hizo un gesto de asentimiento. No se acordaba de que su cuñado hubiera mencionado nada de una reunión, pero le alegraba dejar los tratos comerciales en sus manos.

—Y la señora Snyder dice que lo lamenta, pero que no puede conseguir quitarle la mancha a su crepé negro.

—¿De veras? ¡Oh, no! —se quejó Jane.

—Tal vez sea una señal, señora. ¿Sabe que nunca la he visto de otro color que no fuera negro? Porque yo llegué después de que... —La sonrisa de la criada decayó por una vez y dejó la frase sin terminar mientras extendía los camisones, atuendos y medias limpias en la cómoda.

Luego volvió junto a Jane.

—La señora Shabner piensa que debería tener un vestido nuevo. Dice que el negro no le favorece a su tez.

Jane entornó los ojos.

—La señora Shabner diría cualquier cosa para ganar una venta.

—Por favor, pruébeselo, señora. ¿Lo haría por mí?

Jane echó un vistazo a la caja del vestido y suspiró.

—Ay, está bien. Hoy no voy a ir a ninguna parte. Solo por esta vez.

Cadi chilló de placer y se apresuró a ayudar a Jane a ponerse el vestido de color lavanda.

El tafetán asargado le cayó sobre el corsé y la enagua con una suave ondulación, como cae la tela de excelente calidad. Mientras Cadi estaba detrás de ella, abrochándole las presillas, Jane analizaba su reflejo en el largo espejo. El suave tono lavanda le daba brillo a la piel algo amarillenta y destacaba el verde de sus mudables ojos de color miel. La ajustada cinta debajo del pecho acentuaba

su figura. El vestido hacía que pareciera más joven. Más femenina. Aunque necesitaba peinarse el pelo castaño y empolvarse la nariz, el atuendo mejoraba claramente su aspecto.

—Está hermosa, señora.

—Reconozco que es un vestido precioso.

—Todavía no es suyo, pero debería serlo —se burló Cadi—. Le queda muy bien.

De la calle llegó el sonido de un bocinazo. Con desinterés, Jane dio un paso hasta la ventana y vio que el carruaje amarillo giraba hacia la entrada y el ruido que producía retumbaba a través del pasaje abovedado. Vio al cochero con el abrigo de múltiples capas, al guardia en la parte trasera y a varios pasajeros en la de fuera. Y dentro de la diligencia, una cara echada contra la ventana. Una cara que Jane reconoció sobresaltada. Era Thora Bell, cuyos ojos se clavaron en ella.

El pánico le recorrió el cuerpo.

—Tengo que cambiarme inmediatamente.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Jane dio un paso atrás, el corazón se le aceleró, rezando porque Thora no la hubiera visto. O al menos... lo que llevaba puesto.

—No quiero que mi suegra me vea con esto.

Cadi la siguió hasta el dormitorio con el rostro pálido.

—Lo siento, señora. Si hubiera sabido que venía hoy, no le habría insistido en que se lo probara. Debería haberme dicho algo.

La joven se apuraba detrás de Jane y empezó a desatar los cordones y los pequeños botones de perlas con dedos temblorosos.

Jane tampoco mostraba el pulso firme.

—No tenía ni idea de que venía. Estoy tan sorprendida como tú.

Se decía a sí misma que probablemente Thora entraría primero en la posada, hablaría con la señora Rooke y se asearía en su vieja habitación antes de buscarla; al menos eso esperaba.

El tejido lavanda se le escurrió por la cadera y Jane salió de un salto del círculo que la tela formaba en el suelo. Cadi llevó el vestido a la salita e intentó volver a meter toda la tela a la fuerza en su caja.

—Ponle la tapa —dijo entre dientes Jane.

Cadi se apresuró a hacerlo, luego volvió corriendo a ayudarla con el traje negro. Pero antes de que pudiera, en la puerta de la cabaña sonó un golpe seco. Las dos mujeres jadearon. El tejido temblaba en las manos de Cadi.

—Demasiado tarde. —Jane se subió el batín y metió los brazos por las mangas.

—¿Respondo? —preguntó Cadi.

—No, quédate aquí —dijo Jane. Sabía que a su suegra no le haría ninguna gracia que llamara a una de las empleadas del servicio para que abriera la puerta

por ella. Tampoco quería que la joven doncella se metiera en ningún lío con la señora Rooke.

Mientras se arreglaba el cabello, Jane caminó hasta la puerta con la esperanza de aparentar calma. Abrió y se encontró a la madre de John y Patrick, la señora Thora Bell. La mujer llevaba un sencillo vestido de monótona lana negra. Aquel cálido día de primavera debía de sentirse muy incómoda con él.

La cofia de Thora era tan oscura como su apariencia —aunque el gorro que llevaba debajo era de encaje blanco tradicional—. Bajo el gorro, el oscuro pelo no mostraba ni rastro de gris. Era de estatura media, pero su porte seguro hacía que pareciera más alta. Los rasgos, al igual que la figura, eran duros. Unas líneas severas le bordeaban la boca y los ojos; tenía unos impresionantes ojos azules que hacían que la gente mirara dos veces.

Obseó desconfiada a Jane de pies a cabeza una y otra vez.

—Estás horrible.

—Gracias, Thora. —Jane forzó la sonrisa—. Yo también me alegro de verla. No la esperábamos.

—Naturalmente. —Thora examinó la salita, demorando la mirada en la caja del vestido—. Se me ocurrió hacerte una visita para ver cómo estabas.

—Estoy bien. Gracias.

—¿De veras? —Thora vio que Jane llevaba el batín atado de forma descuidada y arqueó las cejas.

—Sí. ¿No quiere pasar y sentarse?

—No, gracias. No me quedará mucho tiempo. —La suegra nunca había pasado más tiempo de lo estrictamente necesario en la cabaña del guarda, y apenas había puesto un pie en el lugar desde la muerte de John—. ¿Dónde está Talbot? Me ha sorprendido que no recibiera la diligencia.

—Talbot ya no está.

—¿Ya no está? —Se llevó la mano al pecho.

—No ha muerto —se apresuró a aclarar Jane—. Simplemente dejó nuestro servicio, hace ya unos cuatro meses.

—¿Por qué se fue después de todo este tiempo?

—Se ha hecho cargo de la granja de su familia.

—Walter Talbot... ¿agricultor? No me lo puedo creer.

—El viejo hogar es suyo ahora que ha muerto su hermano. Y su cuñada está muy enferma, tengo entendido.

Thora frunció el ceño.

—¿Bill murió? No tenía noticia. Pobre Nan... —Por un momento parecía perdida en sus pensamientos, pero luego recuperó la compostura—. ¿Quién está llevando la posada en lugar de Talbot?

—Bueno, hace poco he contratado a Colin McFarland, pero...

—¿McFarland? —Abrió la boca sin poder creérselo—. ¿Por qué demonios has hecho eso?

Jane se encogió de hombros.

—Mercy me dijo que necesitaba el trabajo. Me pidió que le diera una oportunidad para que demostrara su valía.

Movió la mano con expresividad.

—De acuerdo, algo demostraré... que fue un error contratarlo. Además, no puede tener más de... ¿cuántos?, ¿diecinueve años?

—Veinticuatro o veinticinco, creo. Y con suerte, aprenderá con el tiempo. Mientras tanto, Patrick está aquí y ayuda donde sea necesario.

Thora parpadeó.

—¿Que Patrick está aquí?

—Sí... Lo siento, pensé que le habría escrito.

—¡Qué optimista eres! Nunca fue de los que escriben cartas. —Volvió a fruncir el ceño—. Pensaba que Patrick estaba dando la vuelta al mundo en un buque mercante.

—Así era. Regresó hace un mes más o menos.

—¿Por qué?

—Se enteró de lo de John y volvió para echar una mano. Y es más que bienvenido.

Jane se dio cuenta de que la mujer tenía la mirada fija en algo y se giró para ver qué le había llamado la atención. Un puño de color lavanda asomaba por debajo de la tapa de la caja. «¡Oh, no!», pensó.

Pero mirándolo mejor, Jane se percató de que aquello no era lo que había atraído a su suegra. Tenía la vista clavada en el pequeño retrato de John que había encargado para ella como regalo de boda.

Lo descolgó y se lo entregó.

Thora le echó un vistazo rápido y se lo devolvió con brusquedad.

—Qué joven parece.

Ella observó el cuadro. Casi había olvidado lo joven y guapo que era John cuando se casaron. Con esa edad se parecía a Patrick de una forma increíble.

Mientras colocaba el retrato en su sitio, Jane preguntó:

—¿Cómo está su hermana?

—Está bastante bien, gracias. Un poco chiflada, pero bien de salud. —Se enderezó—. Bueno. Voy a dejaros. Siento mucho lo del hermano de Talbot. Pronto iré a darle el pésame. Eso suponiendo que me invites a quedarme.

—Por supuesto, Thora. Quédese todo el tiempo que quiera. —Jane confiaba en no tener que arrepentirse del ofrecimiento. Añadió:

—Su antigua habitación está como la dejó.

—Ah, ¿sí? —Cerró los ojos con desaprobación—. ¡Qué despilfarro de espacio!

La mujer dejó a su nuera y cruzó el patio. Sintió el estómago revuelto por una mezcla de sentimientos contradictorios, pero decidió no mostrar ninguno de ellos.

Durante su ausencia, no había duda de que el lugar no había mejorado. Ni su relación con la mujer de John.

En la entrada, el letrero de habitación libre colgaba de una sola cadena, de un modo descuidado. ¿Por qué no lo había reparado nadie? ¿Y por qué había una habitación libre un martes... que por lo general era un día ajetreado? La posada necesitaba una mano de pintura cuando ella se fue, y ahora era más patente; la madera al natural estaba salpicada de pintura desconchada, sobre todo en el marco de la ventana. Las macetas que flanqueaban la puerta tenían buen aspecto, reconoció a regañadientes. Trabajo de Jane, no cabía duda. Y el establo, aunque demasiado tranquilo, parecía perfectamente arreglado. Ya era algo. Tal vez la señora Rooke había exagerado cuando le escribió sobre el lamentable estado del lugar.

La cocinera y ama de llaves la estaba esperando en el vestíbulo, con unas caderas tan anchas como sus enormes hombros.

—¿En su alcoba, como siempre?

—Sí.

—¿A esta hora del día? —preguntó la fornida mujer.

Sin Talbot, Jane tendría que haber recibido las diligencias y supervisado al personal, no durmiendo hasta tarde o probándose nuevos vestidos o lo que sea que hubiera estado haciendo.

—No es la patrona que era usted, señora Bell. No es de ninguna ayuda que yo pueda ver. ¿Sabe...? ¡El carnicero redujo mi último pedido debido a que se le debe dinero!

—No.

—Sí —insistió la señora Rooke—. Debo decirle que me alegro de verla. Ahora comprenderá por qué escribí esa carta.

Thora asintió. Sabía que no debía tolerar las críticas a su nuera, pero cedió a la tentación de sumarse:

—Con razón el sitio se está deteriorando, sin posadera que lo vigile ni reciba a los huéspedes.

Una joven criada pasaba con una cesta vacía.

—El señor Bell se ha ido a Wishford, señora, o sin duda hubiera recibido la diligencia —dijo la chica.

La señora Rooke miró con mala cara a la muchacha.

—Sigue con tu trabajo, Cadi. No tienes que hablar a menos que te pregunten.

La criada subió las escaleras a toda prisa y desapareció.

Thora no la reconoció.

—¿Qué le ha pasado a Mary? —preguntó discretamente.

—Huyó con un recaudador.

—Vaya. —Se volvió hacia la leal sirvienta—. Me pregunto por qué no mencionó que Patrick había regresado.

La cocinera levantó un hombro carnosos.

—No tengo asuntos pendientes con el patrón Patrick.

—¿Otra vez usando mi nombre en vano, señora Rooke? —dijo Patrick mientras irrumpía en la sala y se quitaba el sombrero. Se dirigió con una sonrisa a su progenitora:

—¡Madre! Me pareció oír su voz. ¡Qué sorpresa!

—Hola, Patrick. —Recibió con frialdad el beso que le dio el hijo en la sien. Cuando este se apartó, la madre lo escudriñó, regocijándose mientras lo contemplaba. Qué guapo era, como su padre. Más alto de lo que recordaba. Tenía el pelo oscuro, igual que ella. Los ojos azules, como los suyos. El corazón se le ablandaba a medida que en su cabeza titilaban imágenes de su pequeño. Las manos entre las suyas. Rodeándole el cuello con sus bracitos... Pero después recuperó su dureza—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Hizo una mueca burlona mientras los ojos azules le centelleaban.

—¿Que qué estoy haciendo aquí? Crecí aquí, como usted sabe mejor que nadie. He vuelto para ayudar ahora que John no está... y usted tampoco.

Abrió la puerta del despacho y la sostuvo para que pasara.

Thora le hizo un gesto con la cabeza a la señora Rooke y a continuación lo siguió adentro.

—¿Por qué?

Él mostró cierta indiferencia:

—Lo echaba de menos. Llevo la posada en la sangre después de todo.

—¿Igual que hace unos años llevabas en la sangre navegar, y la importación antes de eso?

—Usted gana, madre. —Extendió las manos, y en las mejillas se dibujaron dos hoyuelos—. Pero el hijo pródigo ha vuelto a casa.

—Desde que John murió esta ya no es nuestra casa.

Patrick se sentó a la mesa y se recostó en la silla.

—Claro que lo es. Mi hermana me ha hecho sentir bien recibido.

Thora entrecerró los ojos.

—¿Qué andas buscando?

Él levantó ambas manos.

—Nada de nada. Aunque una cama que no baile con cada oleaje del mar es un cambio interesante, no lo niego.

Sus ojos recorrieron la cara del hijo y él sostuvo firmemente la mirada. ¿Estaba hablando en serio? La madre quería creerlo.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Un mes y medio.

—Y el lugar no es que esté prosperando precisamente.

—Aún no. Todavía estoy acostumbrándome a la tierra firme, por así decirlo. ¿Y usted, madre? Creía que se había ido a vivir con la tía Di.

—Así es. He venido solo... de visita. Me enteré de que las cosas no estaban yendo bien y pensé que debía venir.

—¿Le han alertado sus espías, verdad? La señora Rooke, seguro. ¿O tal vez el propio Blomfield? —preguntó, levantando una ceja.

¿Por qué le iba a escribir el banquero? Thora quería saberlo, pero no reveló su fuente. Miró por todo el despacho desordenado.

—¡Menudo lío! Aún no puedo creerme que Talbot se marchara. Dime que Jane no le obligó a que se fuera.

—¿Obligarle a que se fuera? ¿Jane? Lo dudo mucho. Fue decisión de él. ¿Y por qué no? Heredó la propiedad de su familia cuando murió el hermano —añadió sin rodeos—. Como una vez creí que me pasaría a mí.

La mujer decidió hacer caso omiso de aquello.

—¿Y no advertiste a Jane sobre la contratación de Colin McFarland?

Patrick se encogió de hombros.

—Ya estaba aquí cuando volví. *Un fait accompli*.

—¿Y no dijiste nada? ¿No recuerdas que tu padre prohibió a los McFarland venir a la Bell Inn?

—Liam McFarland, puede, pero eso fue... ¿cuánto hace...? ¿diez años ya?

—Doce.

—Bueno, por lo visto Colin no tenía ni un penique para ganarse la vida y Jane quería darle una oportunidad.

Thora hizo un gesto hacia la mesa desordenada.

—Ya veo lo bien que va.

—No todo es culpa suya —la defendió—. La señora Rooke dijo que después de que se fuera Talbot, nadie entró en este despacho excepto para echar más facturas sin abrir en la mesa. Parece que a Colin le pareció demasiado abrumador y dejó que el papeleo siguiera apilándose. Ha estado sirviendo mayormente como porteador y ayudando en la cochera. Tiene mucho que aprender, pero se está esforzando.

La mujer lo dudaba. Meneó la cabeza y apretó los labios.

—Un McFarland en Bell Inn... Tu padre estará revolviéndose en su tumba.

Patrick hizo un gesto de disgusto y se puso en pie.

—Iré a decirle a Jane que está aquí.

—A advertirla, supongo que querrás decir. No te molestes. Ya he hablado con ella.

—Sin duda se habrá alegrado de verla.

—Ahórrate el sarcasmo. Sabes que nunca nos hemos soportado. John dejó claro que no quería que estuviera aquí.

—¿De veras? Eso me sorprende.

—A mí también me sorprendió entonces, teniendo en cuenta que nunca mostró ningún interés en trabajar como posadera o ama de llaves.

—Tal vez John exageró o usted lo malinterpretó.

—No quiero pensar que dejé mis raíces por un mero malentendido.

—Creía que se había ido porque quería vivir más allá de estas paredes.

—En parte era eso. Diana me pidió que fuera. Decía que se sentía muy sola.
—«Pero ya no está sola...», pensó.

Patrick se cruzó de brazos y se apoyó contra el marco de la puerta.

—¿Cuánto tiempo estará de visita? ¿O piensa quedarse e intentar salvarnos de la ruina?

—Confío en que estés exagerando. —Volvió a escrutar el descuidado despacho donde se apilaban las facturas. «Pero tal vez no», meditó.

Tomó aliento y respondió con sinceridad:

—Todavía no lo he decidido.